

OPINIÓN



**Opinión:** Grado de posesión de la **verdad** respecto de un **conocimiento** que se **afirma** como verdadero sin tener garantía de su **validez**.

**1 CARTA ABIERTA**

Queridos amigos de la Asociación Cultural y demás lectores y participantes en la redacción de este ameno y simpático periódico de El Eco del Isuela. Para comenzar esta carta, deseo a todos, de todo corazón, un feliz año 2009; que tengáis mucha salud, alegrías y suerte; y mucha vida a este periódico que nos ilusiona y alegra con recuerdos a nuestro corazón.

En el último boletín informativo (nº 37), hemos leído con emoción, ¡Qué bonito cementerio! y por eso, no quiero pasar la ocasión sin agradecer a todos ese gesto tan solidario de respeto y recuerdo a todos nuestros antepasados, queridos familiares y amigos que reposan en ese Camposanto de Calcena. Muchas gracias, en primer lugar, al Sr. Alcalde d. Félix Marco, por su buena iniciativa al invitar a hacer ese trabajo. Tenemos, gracias a Dios, un alcalde muy dinámico y competente, y de buenas ideas y sentimientos. También agradecemos, de todo corazón, a todos esos hombres y mujeres solidarios y bravos que hicieron lo más duro y difícil del trabajo: dejarlo limpio como una patena. Cuando leía ese artículo de José Luis Royo, muy bien hecho, pensaba en mi padre que está enterrado allí hace ya 80 años. Era pastor de los Sres. D. Severino Modrego. Mi padre murió justo cuando yo tenía trece días; murió en el campo del honor, cuidando sus rebaños. Lo trajeron a casa en una caballería, como pasaba en el Oeste americano, pues no había otra forma. Mi padre fue como el Buen Jesús, pues conocía y amaba sus ovejas. Por eso murió por su trabajo y su familia.

Tampoco olvido a Maruja que con su clara y buena voz contribuyó a hacer un buen trabajo. Y a Maribel y las otras mujeres, guapas y valientes, que ayudaron a realizar la merienda de confraternidad. A todos, ¡gracias de corazón! y adiós.

Pablo Lacueva  
Montluçon. Francia

**2 LAS ERMITAS**

He conocido las ermitas de Calcena en los años 1950.

La de la Virgen es la primera que conocí al entrar a Calcena cuando venía de Tarazona por la cuesta de los estopares. Recuerdo que a través de la puerta podía verse una mesa- altar para decir misa y de frontal un cuadro de una virgen. Poseía un porche que casi siempre estaba ocupada por grupos itinerantes de personas indigentes y animales, hoy solamente hay ruinas, cuando la veo pienso que podía servir de zona de encuentro y final de un paseo romántico si se plantaran unas acacias y colocaran una mesa con bancos, al igual que hacían los novios en aquellos años en que paseaban la carretera y se sentaban en los bloques de protección a la salida de los bailes que había por la tahona los domingos.



a  
l  
e  
g  
r  
í  
a  
  
e  
n  
  
e  
l  
  
S  
a  
n  
t  
o  
  
2  
0  
0  
7

A la de S. Roque cuando iba al huerto que tenía mi abuelo junto a ella, era del mismo estilo que la de la virgen, siempre estaba cerrada y sucia..

A la de S. José nunca he subido, esta en un lugar despoblado y a pesar de estar en el barranco en el que tenía mi abuelo la bodega, nadie me invito a verla de cerca, desde abajo parecía igual a las otras.

Me gusta la idea de esas jóvenes de recuperarla, pero como no tiene valor arquitectónico ni símbolos religiosos, bien podía convertirse en un lugar de refugio para Senderistas.

A la llamada el Santo, la miraba desde la fuente, yo era un niño y mi padre me decía que se celebraba una romería cada año, no la visite hasta el año 2000 tiempo en que acudí al monte a conocer la misa de Cristóbal, y su ambiente cordial.

De la de S. miguel solamente conozco un arco románico que existe en la entrada de la iglesia y los detalles del libro Villa de Calcena, posiblemente fuera la más valiosa.

En nuestra Diócesis durante los años 50/60 desaparecieron muchas ermitas ya que estaban en fincas aisladas y fueron vendidas con las mismas, para con sus fondos acometer la construcción del nuevo Seminario Diocesano del que el año 2008 se ha cumplido su 50º aniversario.

*Desde Tarazona José Maria.2009*

### 3 ELOGIANDO UN ESCRITO

Queridos lectores: todos los artículos que aparecen en el " ECO DEL ISUELA" me parecen interesantes, bien sea contando una anécdota que nos haya pasado, una historia que hayamos vivido, mejoras que el ayuntamiento haya realizado, o alguna cosa que nos parezca que se encuentra en mal estado y conviene repararla. Os invito a todos a hacerlo, pues como digo, todos los escritos son interesantes, (y sobre todo para los que vivimos fuera) y a la vez contribuimos a que el boletín se llene de contenido, y así pueda seguir publicándose. Como no somos profesionales, meteremos muchas veces la pata ( como se dice vulgarmente )pero es igual, lo importante es escribir algo.

El motivo que hoy me mueve a escribir este mi artículo, es elogiar el escrito publicado por esos cinco jóvenes, y que apareció en el último número de nuestra revista, llamándonos la atención sobre el estado en que se encuentra la "ERMITA DE SAN JOSÉ"

Con dicho escrito, nos sacan un poco los colores a todos los que nos sentimos CALCENARIOS por lo dejados, y abandonados que somos. Yo mismo confieso que

no he visitado dicha ermita desde que me marché del pueblo y de eso hace ya muchos años.

Os felicito queridos jóvenes por varias razones, la primera, por lo bien que lo describís, pues es verdad que forma parte de nuestro patrimonio, y por tanto de nuestra historia, segundo, porque es prometedor que os intereséis por las cosas del pueblo, y tercera para daros ánimo para que sigáis así.

También quiero resaltar la labor que realizan ese grupo de jóvenes, y no tan jóvenes, que con su dedicación y trabajo ( organizando actividades deportivas, culturales, de ocio etc.) hacen posible, que CALCENA sea conocido por muchas partes de España. En lo que yo pueda ( que no es mucho ) contad conmigo, haber si entre todos se puede conseguir que el pueblo siga vivo.

También abajo del todo, aparecen dos líneas haciendo mención del deterioro que está sufriendo el PUENTE DEL BATÁN es verdad que las arcas del ayuntamiento no dan para mucho pero hagamos un esfuerzo y no dejemos hundirse ni la ERMITA DE SAN JOSÉ ni el PUENTE DEL BATÁN pues repito, las dos cosas forman parte de nuestro pasado y sería una pena el verlos hundidos.

Saludos  
José María Tormes

## EL MONCAYO. RECUERDOS DE UN CALCENARIO.

Pablo Lacueva

El Moncayo, como todas las montañas, sierras o cordilleras de todos los países y continentes, por sus bellos paisajes, sus formas diversas y sus aires tan puros y oxigenados, invita al hombre a la práctica del deporte, como el alpinismo, la escalada, y en época de nieve el esquí y demás deportes de montaña. Pero antes de contaros mi descubrimiento del Moncayo, os diré ya una aventura maravillosa que pasé por el año 1960.

Fue a raíz de unas vacaciones que me dieron después de estar dos años trabajando en Francia. En esa ocasión, decidimos con mi esposa y nuestra hija Carmen, de dos años, venir a España; a Bilbao. Allí estuvimos unos días y tras pasar por Baracaldo, Santurce y demás pueblos, pensamos que estábamos cerca de nuestro primo Fermín, pues tenía su dirección. En el remite de sus cartas aparecía Villaro y decidimos que, ya que estábamos cerca, íbamos a ir a verlos. Dicho remite resultó ser una pensión a donde acudían mis primos una vez por semana a recoger las cartas que recibían de la familia, pues estaban por las montañas de Vizcaya haciendo carbón vegetal, que era la manera más corriente de ganarse la vida la mayoría de las familias de Calcena. No lo pensé más; dejé a mi esposa e hija en esa pensión y decidí partir a encontrar a mi primo Fermín y a Benita. Cuando se lo dije a mi mujer, puso las manos en la cabeza y dijo que era una misión imposible. "No te preocupes, le dije, tengo toda la tarde y los encontraré". Empecé a caminar. Serían las dos de la tarde. Iba con mucha fe, voluntad y entusiasmo que me daban ánimo y fuerza. Encontraba a veces algún viajero en caballería y les preguntaba. Unos me daban esperanzas, otros no. El tiempo pasaba. Caminar por la montaña era sano, pero cuando me encontré la lluvia fina de Bilbao, el chirimirí, y la neblina, se hizo penoso. Menos mal que, aunque salí del pueblo con sol, me llevé un paraguas por si acaso, que me hizo un gran servicio. Marchando y marchando,

encontré en la montaña una gran cruz; era la gran cruz de hierro del Gorbea. Pasada la misma, encontré montañas y cruces de caminos; era cuestión de acertar el bueno. Así lo hice, pues cuando eran cerca de las siete de la tarde, atravesando un barranco, encontré a mi primo Fermín con un hato de madera cargado en sus espaldas. Con mucha alegría respiré y dije:

- ¡Fermín, espera que te voy a ayudar a llevar esa pesada carga!.-mi primo, todo extrañado, me dijo,  
.- ¿Quién eres?

- soy Pablo, tu primo  
.- ¿es que estoy soñando? isi Pablo está en Francia!,  
.- sí soy yo tu primo, que

he venido a verte. Emocionados nos fundimos en un abrazo.

- Y tu esposa ¿dónde está?

- En la pensión donde te guardan las cartas que te escribo.

- ¡Vamos a buscarla!

Así lo hicimos. Volvimos montaña a través hasta Villaro donde alquilamos un burrito con alforjas y subimos todos a la cabaña que tenían en el monte donde hacían carbón.

Os diré que mis primos hace ya unos años que fallecieron. Dios los tenga en su Gloria, por su gran bondad, trabajos y sacrificios que hicieron durante su vida. Descansen en paz.

La segunda vez que tomé conciencia de la montaña fue en Huesca, por la parte de Eyerbe, en el Pirineo Aragonés. Estuve con mi regimiento de maniobras militares por Aragües del Puerto y Jaca. En una ocasión, el capitán me dijo que llevara su caballo al río Aragón para que reposara, con tan mala fortuna, que se presentó una tormenta con truenos y relámpagos. Por llegar antes al



sitio indicado me monté. Íbamos por un camino bastante ancho, pero el animal, al ver las chispas y los ruidos, se puso a correr desbocado. Me encontraba en una delicada situación, pues me agarraba a la crin, pero ni por esas paraba. Menos mal que había un compañero que volvía de dejar otro caballo en el río y me ayudó a pararlo. Allí lo pasábamos duro. Cada vez que llegábamos a un pueblo de la frontera teníamos que montar las tiendas, junto con tres compañeros y pasábamos la noche en las junqueras mojadas, con lluvia y barro. Las maniobras las realizábamos con munición real, pero el material de esa época (ametralladoras, cañones de montaña y morteros) era algo primitivo. Corríamos bastantes riesgos, porque no daba para más. Una vez, en un mortero, el capitán, sobre una base de dos suplementos, puso tres para ver si llegaba más lejos; pasó lo contrario, se dobló un pie de los tres que había y el tiro se quedó corto. Tuvimos mucha suerte pues no había ningún soldado; se habían ido a otro lado con las bombas de mano "Lafite". En fin, todo esto pasaba en una época donde el servicio militar obligatorio aún existía en España.

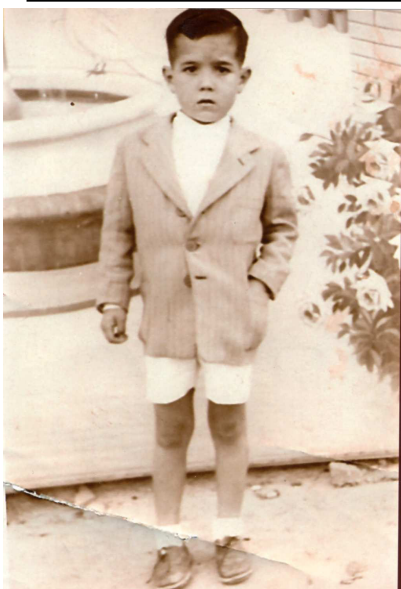
Mi mejor experiencia de la montaña fue el conocimiento del Moncayo. Estuve de vacaciones con nuestra familia. Dábamos grandes paseos por la montaña, sanos y agradables. Íbamos a merendar y luego bajábamos hasta la carretera y a la Fuente del Caño. Teníamos siempre en cuenta un principio: respetar la naturaleza y la ecología, teniendo cuidado de que los fuegos queden bien apagados, así como limpiar el sitio donde se hace la comida o merienda, pues es un principio lógico de educación y respeto. Por otra parte, hay que tener mucha prudencia con el lugar y el tiempo, pues las montañas grandes y pequeñas tienen igualmente sus peligros y misterios. De nuestra montaña, el Moncayo, en más de una ocasión hemos sabido por la prensa que se había ocasionado alguna víctima mortal, incluso en personas experimentadas en la marcha de la montaña, en ésta y otras más difíciles. Mis vacaciones en familia por estos parajes por el año 1968, fueron en un mes tórrido de agosto, donde el calor, el sol y el cielo azul nos acompañaron en todo momento. Un día tan radiante de bonanza invitaba a todo, y yo tenía también muchas ganas de conocer a ese vecino tan cercano a nuestro querido pueblo de Calcena. Un día, después de comer, mientras los demás se quedaron en la siesta, yo me sentí fuerte y fresco. Empecé a caminar sin perder de vista a esa mole del Moncayo. Allí por el cielo de Aragón que con tanta admiración nos contaba nuestro gran poeta Antonio Machado desde su Soria tan querida, donde pasó sus mejores años – "en mi cora-

zón os llevo, en mi corazón estáis". Caminando derecho iba yo avanzando poco a poco, disfrutando de los paisajes y de la naturaleza. Iba avanzando sin conocer los caminos de la montaña, a través, en línea recta, la distancia más corta entre dos puntos. Ya avanzado en la montaña, encontré finas hierbas, algunas amapolas y blancas margaritas, quedando maravillado de la exactitud de lo que decía Antonio Machado. Cuando más contento estaba del espectáculo que tenía ante mi vista, encontré un poco más adelante, una gran cantidad de piedras grises lisas y concéntricas. De repente, un paso mal dado en un momento de despiste y, como si el Moncayo se hubiera enfadado conmigo por haber descubierto su secreto, escuché muchos ruidos producidos por el deslizamiento de una enorme cantidad de piedras que buscaban la estabilidad y la paz. Redoblando la prudencia y buscando pasos más seguros, continué y, al fin, llegué a la cumbre de tres grandes lomas. Me di un buen paseo de un lado para otro, corriendo, saltando y siempre respirando a pleno pulmón, más contento que un chiquillo con zapatos nuevos. Feliz al ver ese cielo tan limpio y azul, en un día soleado. Ese paseo fue para mí como un sueño hecho realidad. Fue un buen premio a la constancia y un privilegio. Cumplí la ilusión que siempre había tenido de visitar el Moncayo, que cuando vivía en Zaragoza me decía que viniera. También en la cumbre había unas pequeñas lamparillas metálicas, seguramente para orientar a los pilotos en los días de niebla. Enseguida pensé que al otro lado de la montaña estaba mi tierra de Calcena, la parte oculta del Moncayo. En las alturas, pensé en todas esas gentes y familias que han pasado y vivido allí. Todas ellas bondadosas, muy trabajadoras, sacrificadas y amantes de Calcena. Sintíendome tan cerca del cielo pensé en rezar una oración por todos los que allí nacieron y murieron. Era lo mejor que podía hacer; no estaba solo, en mi corazón y mi pensamiento estaban todos esos habitantes.

No continué más mi marcha. Había que pensar el regreso a la residencia donde estábamos de vacaciones. Aún tuve tiempo de ver al otro lado, sin bajarme mucho, bastantes árboles y hayas que me impedían ver más. Moncayo protector de Calcena y rublos colindantes-, de la hermosa ciudad de Tarazona; de los pueblos hermanos de Soria – Ágreda y Ólvega- y también de Zaragoza. Dooy gracias al Moncayo por aire tan puro y sano. Verdadero pulmón en esta época actual, donde la polución y los gases envenenan nuestros pueblos y ciudades.

Pablo Lacueva Tejero. Montluçon (Francia)

Tomás Sebastián Pasamar



Aquilino Horno Giralδος



1959. Victoriana Tormes y José Tormes

